



UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR Departamento de Asuntos Culturales

Abrapalabra



SUMARIO

Poema	<i>Antonio Brañas</i>
Arcadio	<i>Alfonso Enrique Barrientos</i>
Requiem por las ilusiones perdidas	<i>María Manuela Reina</i>
Cuento	<i>Rafael Gutiérrez</i>
Epílogo	<i>Fernando González Davison</i>
Rafael García Goyena	<i>Dante Liano</i>
Esa dulce señora	<i>Salvador Garmendia</i>

1990
5

ARCADIO O CUENTO PARA LA BASURA

—¿Qué es un cuento?
—Vámonos, lector, esto que lees...

I

Vivía Arcadio en aquella terraza, haciéndose sombra en el día y parapeto de vientos por la noche, con un anuncio de grandes dimensiones que rezaba en el anverso:

“¡Sea usted feliz... Beba agua bendita!”

De todas maneras, para leer este cuento, distinguido lector, empiece usted a acomodarse en su chaise-longue del mismo modo que Arcadio cuando le impulsaban deseos vehementes (como le sucedía en esta oportunidad) de cambiar su vida en forma radical.

“¡Usted necesita cambiar... Cambie usted de vida en forma radical!”

Arcadio se acomodó sobre el mismo colchón de periódicos que le servían, no para leerlos de un tirón —pues carecía del hábito de la lectura— sino para calentarse a falta de alfombras y edredones.

Aquel día, por julio, al despertarse, percibió un deseo desconocido que le inducía, como su sombra, a cambiar de vida, empezando por dejar de lado el dolor de su pobreza, Olvidándose del hambre o hacer como si se olvidaba...

“¡ Ah, porque el hombre no se olvida de sus víctimas !” Distraídamente dirigió la vista hacia unos periódicos que le quedaban a la altura de las rodillas y leyó.

“Sobre la desnudez de la realidad, el diáfano manto de la fantasía”.

Empezó a repetir mentalmente la frase: “Sobre la desnudez... Sobre la desnudez... de la realidad...”

Vivía Arcadio en aquella terraza, haciéndose sombra en el día y parapeto de vientos en la noche, con un anuncio de grandes dimensiones que rezaba en el anverso:

“¡Sea usted feliz, beba agua bendita!”

Se incorporó. Ató la cinta de uno de sus zapatos. La lluvia había reunido un poco de agua en el cuenco de una cáscara de coco y con ella se lavó las manos, la cara y le alcanzó para remojarse el cabello y peinarse con los dedos. (Esto es como un día nuevo. No tarda en salir el sol y lucirá limpia la calle. Yo debo ir al encuentro de las personas, demostrando al mun-

do que he cambiado. Puedo hacer de mi oficio de pordiosero algo que sea grato a los hombres. Por ejemplo, dándoles la oportunidad de demostrar a Dios que son caritativos y buenos. Pero que ellos se den cuenta... ¡Vamos Arcadio, no lo pienses dos veces! Empieza a caminar por la senda que te has trazado. Cambiar... Como dice la hoja arrugada de este periódico.)

“¡Usted necesita cambiar! ¡Cambiar su vida en forma radical!”

Pero, vamos, sin tardanza.

Efectivamente, aquellos pensamientos leídos en otra hoja de periódicos, indujeron a Arcadio a descender, sin premura, por la escalera de servicio; limpiarse en el césped la suela de sus zapatos; estirarse el pantalón, abotonarse la camisa.

“Toda frase repetida, tiene doble validez”

“Toda frase repetida, tiene doble validez”

“Toda frase repetida, tiene doble validez”

El Paseo de la Reforma de la ciudad de Guatemala lucía cual una vía de gloria. Arcadio vio el rostro de Dios entre las nubes y adivinó de nuevo que le guiñaba un ojo. Se dio más ánimo aún. Vio hacia adelante. Los árboles acariciaron sus pupilas y el canto de algún pajarillo, sus oídos.

¿Percibo hambre? No, esas mordiditas son una mala costumbre del estómago.

Siguió caminando sin pisar la grama, yendo por el andén. La postura erguida, la voluntad empujando la espalda. De pronto vio salir de una calle cercana al Obelisco, a una familia. La madre con el hijo al cuadril. Otros dos de la mano. Un canasto en la cebeza.

Arcadio saludó a la señora. Ella se detuvo. Los niños sonrieron al ver aquella cara limpia, el cabello mojado, la camisa raída, la cuerda que sujetaba el pantalón y los zapatos. Arcadio aprontó sus pensamientos y dijo a la señora si podía ayudarle a desayunar.

Los niños comunicaron a su madre un poco de alegría aquella mañana y ella quedó mirando a Arcadio.

—¡Ayúdame! —Dijo.

Entre ambos bajaron el canasto a la grama. La señora quitó la manta que cubría la

ARCADIO O CUENTO PARA LA BASURA

fruta y dio a Arcadio unos bananos, naranjas y una rodaja de papaya. Se persignó y persignó el canasto.

—¡Ayúdeme! —Volvió a decir la señora. Y entre los dos alzaron el canasto a su cabeza.

—Pero, señora, y sus hijos...

—No hay pena, ellos ya desayunaron... Coma usted, buen hombre. Dios nos dará más.

Y siguió presurosa tirando de la mano a sus hijos. Arcadio ya no alzó la vista al cielo. Contempló las frutas y se puso a comerlas, siempre caminando, como que le urgía cambiar su vida en forma radical.

Empezó por los bananos, comió la pulpa y la cáscara. Luego la papaya, y al terminar de comer una de las naranjas, se le ocurrió lanzar la cáscara al césped, yendo a caer a un plantío de rosas.

Se detuvo arrepentido de aquella momentánea acción. Guardó la otra naranja en el bolsillo.

¡Usted necesita cambiar!

En aquel momento descubrió un tonel

de basura al pie de una árbol. Fue hasta el maciso de rosas, recogió la cáscara y la llevó al recipiente.

II

El conductor de un pick-up disminuyó la marcha del vehículo, desde el momento de divisar a Arcadio recogiendo las cáscaras de naranja aquella mañana en el Paseo de La Reforma. Se acercó despacio y se detuvo al mirar que el hombre recogía basura de la grama y la ponía en el recipiente.

"Este es mi hombre..." —Pensó.

Bajó del vehículo y se puso a observar a Arcadio, la mañana avanzaba con lentitud. Arcadio saludó como había hecho con la señora de la fruta. El hombre lo examinó de pies a cabeza.

—¿Busca trabajo?

—Sí, señor, he buscado.

—Yo necesito hombres sencillos como usted. Y que, además sepan cuidar los jardines municipales, recoger basura por propia convicción de hacerlo, sin que se les esté arriando... Yo necesito...



Alfonso Enrique Barrientos

Arcadio no miró el cielo, sino que dejó que lo cubriera con las nubes y aceptó el trabajo.

—¡Suba a la cabina! Iremos a contratar otros hombres como usted para completar el equipo de trabajo.

Partieron. El pick-up se desplazaba lentamente por el Paseo de la Reforma.

—¿Hace tiempo que se dedica a recoger basura?

—Desde que era niño. La basura me ha ayudado...

—Tiene buena escuela. ¿Con qué compañías de limpieza ha trabajado?

En aquel momento el conductor del pick-up detuvo la marcha. Estaban cerca de un promotorio de desperdicios. Habían hombres sentados en los alrededores. Otros escuchaban diversos objetos y se afanaban llenando su costal de "pepenadores".

—¡Baje!. Ayúdeme a escoger gente. Necesito completar...

Fue fácil convencer a los "pepenadores" a que aceptaran el trabajo.

El conductor permitió a Arcadio que continuara a su lado en la cabina. Los hombres subieron a la palangana. En el recorrido escucharon trozos de la conversación sostenida por los "pepenadores".

"Como somos basura humana (como dijo el comisario que nos puso presos el otro día) nos ponen a recoger basura..."

"Pero hoy es un buen día. Temprano encontramos trabajo".

"Al que madruga Dios lo ayuda".

"Cállense, porque ir hablando da más hambre".

—¿Cómo me dijo que se llama usted?

—Arcadio, señor. Me llamo Arcadio.

—¿Y su apellido?

—No tengo apellido... Nunca he tenido... Soy como el hambre, sin apellido...

—¿Donde leyó eso?

—No lo recuerdo. Nunca me acuerdo dónde leo lo que se me queda en la cabeza.

Pero debe ser en la hoja de algún diario.

—¿No ha leído algún libro?

—No, señor...

III

"El día en que saltamos la muralla de los cinco sentidos,"

"El día en que saltamos la muralla de los cinco sentidos,"

"El día en que saltamos..."

Llegaron a otros promontorios de basura de colonias cercanas e iban reuniendo a los "pepenadores" como deseaba el conductor. Entre tanto en la noria mental de Arcadio se trituraban las palabras.

"No me seduzcas bóveda azul..."

"No me seduzcas bóveda azul..."

"Cambios de fondo, no sólo de forma..."

"Cambios de..."

Se detuvieron en la sección de limpieza. Todos bajaron del pick-up y entraron en el recinto. ¡Quedaron contratados!

El conductor llamó a Arcadio aparte. Reunió un quetzal con las monedas que llevaba en los bolsillos.

—Bueno, amigo, de algo le servirá esto. No se ofenda y siga leyendo, pero cuando pueda cómprese un libro y afirme su hábito de la lectura. Ahora ya tiene trabajo fijo. Lo he recomendado bien...

Se despidieron. Arcadio vio para el cielo raso del corredor. Su mirada traspasó el techo, todos los niveles del edificio y llegó hasta más allá de las nubes.

"Dios no existe"

¿Dónde leía ésto? ¿Qué tonterías dicen a veces los periódicos!

Y ese día afirmó su deseo vehemente de cambiar su vida en forma radical.

Distinguido lector: Si este cuento no le agrada, ni le llena sus aspiraciones, póngalo en el recipiente adecuado. A lo mejor, mañana pasa por aquí Arcadio, con su cuadrilla de limpieza, y se llevan este cuento para la basura...

ROXANA CASI AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS

Rafael Gutiérrez

Roxana se pasea como fiera recelosa en su jaula-habitación. A ratos, sin poder evitarlo, se desmorona en un llanto seco, absurdo, un llanto de dos o tres motitas brillantes en su rostro de fiera enjaulada en su casa de ciudad Peronia.

Lleva ya siete días y siete noches esperando al esposo ausente, cuyo trabajo, ella lo sabe bien, nunca ha recibido la bendición de Dios.

Efraín Joel Moscoso Aguilar, mejor conocido como La Oreja del Moro, labora desde hace años en la sección secreta de la Judicial. Es considerado, tanto por jefes como por compañeros, símbolo de sacrificio y constancia en la benemérita institución: trabaja hasta el alba recorriendo calles y avenidas de la ciudad.

Ahora Roxana, casi al borde de un ataque de nervios, ha tomado de súbito la decisión de salir a buscarlo y, como gárgola o magdalena, se dirige presurosa a la tienda-cantina Santa Ana.

—Doña Meches — pregunta con voz chillona, apenas audible en medio de la algarabía humeante y agria del sábado —¿ ha visto por aquí a mi marido?

La tendera, lechosa y venenosa, ha esperado como agua de mayo este momento. Ha estado comiendo aguacate y haciendo gárgaras de agua y miel para proclamar con diafanidad de río su cólera ante la concurrencia.

Le cuenta a quemarropa que su marido estuvo bebiendo allí durante cuatro días, completamente ebrio, en compañía de otros amigos, matones igual que él, ahuyentándole la clientela con su pistola, gritando barbaridades, machacándole a cada momento que no le pagaría ni mierda.

Roxana intuye en cada palabra el rastro de una venganza solapada y, ahora con voz amenazadora, le insta que vaya al grano.

Entonces doña Meches deja ir el desenlace como una cerbatana mortal. Al quinto día, dice, muy temprano, cuatro muchachos, entre ellos una jovencita de pelo largo y lacio, lo encañonaron de repente y, aunque pataleó y mentó madres, lo condujeron casi a rastras hasta un pick-up rojo estacionado allí enfrente. Luego huyeron, dejando, sobre el piso, un reguero de volantes desparramados.

Son ya las once de la noche en la tienda-cantina Santa Ana y Roxana, ya repuesta, entre hipos y carcajadas, se toma la del estribo recostada plácidamente en el hombro de uno de los amigos del esposo ausente.

La muerte biológica es tolerable porque es irremediable y necesaria. Incluso sin consoladoras creencias mitológicas, como es mi caso, la idea de la muerte suele aceptarse con un estoicismo que nos impide atormentarnos con reflexiones más o menos acertadas acerca de la causalidad de esa combustión fugaz llamada vida, de su sentido, si es que encierra alguno y, ya en un plano estrictamente individual, angustiarnos con exceso por nuestra propia e inapelable sentencia, dictada de antemano por decreto cósmico. Utilizando términos teatrales, los focos siempre acaban por apagarse y el telón por descender sobre un intérprete desvalido que quizá haya aprendido demasiado tarde la futilidad de los párrafos retóricos y la puerilidad de los aplausos.

La muerte biológica, la interrupción absoluta de toda actividad electroquímica de las células de un organismo, es un pésimo final dramático carente de sorpresa, de ternura o de humor, ingredientes exigibles a cualquier autor de mediano talento. ¿Qué sorpresa puede haber en un hecho constantemente repetido y que nadie puede eludir? Tan sólo la incertidumbre cronológica del acontecimiento. Y es ahí precisamente donde hunde sus raíces la tragedia griega, en el combate solitario del hombre contra un destino imprevisible, pero ya escrito e imposible de modificar. Yo no creo excesivamente en la predestinación y tampoco en los oráculos. En cambio me atemorizan nuestras debilidades, los súbitos impulsos, los caprichos que transformamos en acciones insoslayables. Somos nosotros quienes forjamos día a día y paso a paso nuestro propio destino con el ingrediente añadido, eso sí, de una buena dosis de azar. Porque unas veces para bien y otras para mal, nuestro destino queda a menudo influido, deformado o atrapado en la órbita de otras vidas. Es el azar quien marca —muy relativamente— la puntuación de los datos, pero somos nosotros quienes los lanzamos y he dicho relativamente porque con arreglo a las leyes físicas, el rodar de los datos y la faceta que acaben por mostrar estará siempre determinado por su posición de arranque, la energía del impulso y la fricción que encuentren.

Pero volviendo al tema que da título a este artículo, hay muertes pequeñas, parciales humildes, silenciosas e íntimas que son más difíciles de soportar, más prolongadas y, en consecuencia, más dramáticas que la última y definitiva transición. Me refiero a la muerte de una ilusión, de un amor, de la esperanza, de la propia dignidad y de tantas otras sensaciones espirituales que sólo tienen cobijo en el ser humano. Estoy hablando de conceptos anticuados que hoy día carecen casi por completo de vigencia. El ciudadano moderno —el ejecutivo, la secretaria, el albañil— ya no tiene ilusiones, sino ambiciones, que es muy distinto; hace el amor, pero no ama; ha situado la esperanza por la planificación estadística y tuvo que abandonar la incómoda dignidad por el servilismo práctico o el oportunismo útil. Actualmente, ¿quién busca la paz interior? ¿Quién añora esa entereza, ese equilibrio, esa serenidad de ánimo que los griegos denominaron ataraxia? Probablemente de cien lectores, noventa y cinco ni siquiera conocen el significado de semejante palabreja, olvidada por falta de uso. Al parecer, ahora la entereza es sinónimo de astucia en los negocios, el equilibrio un balance económico favorable y la serenidad sólo se obtiene tras una hora de «squash», un par de «whiskies» y un buen contacto con el/la amante de turno. Triste condición a la que hemos llegado: necesitar tantísimo esfuerzo y aparato para conformarnos con tan escaso y mezquino botín.

Sin embargo, todavía existen personas, muy pocas, capaces de acusar la pérdida de una ilusión, de un amor o de la esperanza. Personas que se niegan a prescindir de su dignidad, de sus apolillados conceptos éticos, de su propia estimación. Son como pasajeros de otro planeta, difíciles de entender, incómodos por lo exigentes, antipáticos por su intransigencia y porque nos colocan ante un espejo que nos muestra nuestra imagen real que, ciertamente, no es agradable de contemplar. Tales seres que padecen una neurosis parcial, que han sufrido la amputación de algunos de sus ideales más queridos, que no desean hacer el amor sin amar al menos un poco, que son incapaces de ganar mil millones mediante sus amistades influyentes, que no se conforman con el éxito que les otorgan y que pretenden además merecerlo, que no son brillantes, ni ingeniosos, ni populares, ni buscados en las fiestas de la «jet», andan por ahí perdidos, mezclados en el tumulto general, enzarzados en el combate anónimo y cotidiano. Son capaces de reír, trabajan sin gran éxito, gastan bromas y se esfuerzan por aparentar que no se diferencian de los demás. Intentan fingir que no son forasteros peligrosos, ni seres extravagantes o medio locos, ni terroristas de las normas de nuestra civilización. Pero sus ojos carecen de brillo y su sonrisa de alegría. Sentados en la cuneta ven pasar los bólidos de los triunfadores del momento. Nos desprecian y se sienten despreciados. Se les nota que están muertos que padecen esa especie de ida espiritual que ha fagocitado sus defensas contra el virus más nocivo de la civilización: oro, éxito y placer. Ellos exigen todavía cosas absurdas. Sinceridad, rectitud, equidad... Se mueven y actúan, pero están más muertos que los cadáveres, con el inconveniente de que mientras los cadáveres ya no sienten ellos han de seguir viviendo y sufriendo una lenta agonía, el vacío de los listillos que han trepado hasta los puestos clave y manipulan los hilos del poder. Estos hombres son los apestados de la cultura, los leprosos de los círculos donde se reparte el pastel. Malaventurados los íntegros porque ellos serán escarnecidos y arrinconados en la fiesta.

Andaba por ahí, muy tranquilo, cuando sentí que despertaba en el vientre materno.

Mi madre había muerto algunos años antes; y en todo ese tiempo, las entrañas o el vientre de esa dulce señora han estado apareciendo en mi pobre cabeza, aunque de una manera particular; como fragmentos de escritura, descripciones vivientes de cosas que pertenecieron a mi pasado familiar, en medio de las cuales siento que me muevo nuevamente, pero tal como soy ahora en el mundo; más o menos un viejo, según la creencia general.

(En cuanto al niño verdadero, o el hombrecillo sin memoria que anduvo merodeando por esos lugares, y trepó a unas alturas, árboles y tejados, de donde ahora suelo caer en los sueños, admito que nada o casi nada ha quedado en mi carne que hubiese podido pertenecerle.)

Voy, pues recorriendo habitaciones, paredes encaladas, corredores, patios cristalizados en el mediodía; y a veces salgo por una puerta y me encuentro en el campo, siempre deshabitado y seco.

Al mismo tiempo, puedo ir reconociendo el color de la vida o de sus apariencias; la manera de ser de las personas y de sus pertenencias, y todas esas impresiones se unen a mi alrededor y van formando una imagen de lo que fue mi madre; una composición que habla principalmente a los sentidos, con voces conocidas que regresan desde el interior del olfato, del gusto, de los



ojos y al reunirse se-
tretejen junto con
demás, hasta formar
suave: una matriz.

No quiero pen-
maternal llegue a
alguna vez; pero
secando y com-
mos tiempos.
siones anterio-
de tomar su
aglomera-
Detrás
imáge-
lle-
susti-

en-
todo lo
un envoltorio

sar que esta crónica
borrarse para mí
es un hecho que se ha ido
primiendo durante los últi-
Ahora mismo, las impre-
res se desvanecen, y acaba
lugar un olor como cuerpos
dos en un pequeño espacio.
de un marco de metal, cruzan
nes deterioradas que no
gan a completarse antes de ser
tuidas por otras, que igualmente
desaparecen velozmente.

¿No es esto la vitrina de una ferretería? Mi asiento se sacude y me lanza hacia adelante. Entra un vapor caliente por la ventanilla... y resulta que estoy sentado en el asiento de mi autobús de la mañana... y aquel presentimiento tibio que hace un momento, apenas, pudo llegar a concretarse, ahora se ha esfumado. Sí: creo que algunos fragmentos de escritura pasan todavía por el fondo... Pero ya el autobús se ha puesto en marcha.

Algo semejante puede pasarme en cualquier momento... ya sea sentado en un asiento de autobús, como ahora, o también, ¿por qué no?; al fin y al cabo el sonido sale de una misma cuerda solitaria: en el aro de una letrina pública, o tal vez en un trono menos acariciador: la butaca desganaada de un cine del centro, al mediodía.

Para inicios del siglo XIX, la conformación básica de la formación social guatemalteca se había consolidado: Hacia el interior, la concentración del poder político, económico y social en manos de una oligarquía cuya fuerza residía en la explotación sin reservas de la mayoría de la población; hacia el exterior, la integración al mercado mundial capitalista en calidad de sociedad subdesarrollada aportadora de una sola materia (el añil, en ese momento) en virtud de la división internacional de trabajo. La oligarquía no era un bloque unido. Criollos y peninsulares se disputaban la supremacía.

El inicio de la crisis del añil coincide con varios acontecimientos que van a favorecer la posición política de los criollos. La invasión napoleónica a España y las luchas de independencia en otros países de América dominarán la escena de los primeros veinte años del siglo. Si a ello añadimos la proliferación de las ideas de la Ilustración, comprendemos por qué el criollo era la fracción política más preparada para la toma del poder en el momento de la independencia. Pues las ideas ilustradas, como señala Chiaramonte, tienen, en Hispanoamérica, una fuerte diferencia con los escritos de la Ilustración europea; en ésta, la burguesía elabora un sistema de concepción del mundo, mientras que en Iberoamérica las ideas de este sistema sirven a intereses particulares. Las doctrinas ilustradas están al servicio de «comerciantes y productores mercantiles», esto es, de una clase que no se puede denominar «burguesa». El caso de la Ilustración en Guatemala obedece a la observación de Chiaramonte. Sus propagandistas y propulsores favorecen, sin quererlo en la mayoría de los casos, la hegemonización del poder por parte de los criollos.

Uno de estos escritores iluminados es Rafael García Goyena. Nació en Guayaquil (Ecuador) en 1766, hijo del mercader navarro Joseph García Goyena y Bera, quien vino a Guatemala a emplearse en casa de los Aycinena. Cuando Rafael tiene 12 años, es mandado a traer a Guatemala. En la capital colonial se hace Bachiller en Ciencias Filosóficas, y comienza a estudiar para abogado. A los veinte años abre un paréntesis de aventura en la vida más bien rutinaria que llevaba: enamorado de Plácida de León, se casa en secreto, burlando la voluntad de los padres. El castigo es feroz y desventurado: don Joseph lo mete en un convento y luego lo manda a Cuba. El comandante del puerto de Omoa, en donde el joven enamorado debía embarcarse, encuentra que los papeles de García Goyena no están en regla y lo mete en prisión sin más averiguaciones. Tres meses dura el equívoco, hasta que, de nuevo, la familia interviene y lo saca de prisión. De regreso a Guatemala y la rutina, con el matrimonio anulado. Rafael se hace abogado en 1791 y doctor en 1804. Se casó, esta vez con la autorización de su padre, tuvo seis hijos y pasó el resto de su vida en la modorra del ambiente. De todos modos, hay que anotar que en 1814 defendió a los conjurados de Belén. Hay poetas, dice Eugenio Montale, cuyo exceso de aventuras los hace escribir; hay otros que escriben por falta de aventuras. García Goyena era de estos últimos. Murió en la más total pobreza el 9 de noviembre de 1823. Sus fábulas y poesías varias aparecen en volumen en 1825.

García Goyena es heredero de Samaniego e Iriarte. Sus fábulas, como la de Fr. Matías de Córdova (La tentativa de León y el éxito de su empresa, 1766-1828) no ostentan una gran calidad literaria, a favor de un decidido entusiasmo pedagógico y moral. Aunque el uso pulcro de la versificación denuncia al literato fino y erudito, no podemos atribuir a estas fábulas la categoría de grandes obras de arte. Sí, en cambio, un contenido ideológico en el que están potenciadas las ideas de la Ilustración. Si seguimos, como guía, la categorización que Goldmann hace en *L'Illuminismo e la società contemporanea*, podremos notar que García Goyena adhiere a casi todos los postulados iluministas. El individualismo, como producto de una economía de mercado que, a decir de Goldmann, considera a las personas como «mónadas», las cuales actúan libres de toda supervisión o reglamentación supraindividual; y el contrato en cuanto dos partes abstractamente iguales crean la única relación humana posible, a través de la concordancia en mutuas obligaciones. En cambio, el concepto de igualdad crea dificultades en el fabulista, quien no pudo dejar de percibir la contradicción entre libertad e igualdad y cae flagrantemente en ella: en una fábula, la libertad es limitada por la razón social, mientras que, en otras, la igualdad es puesta en tela de juicio. Otro aspecto que liga a García Goyena con los enciclopedistas es su actitud frente a la religión. En efecto, el fabulista distingue entre anticlericalismo y religión y hace concesiones a ésta. No podría faltar el cúmulo de alabanzas al «siglo de la inteligencia» mezcladas con feroces críticas a la corrupción administrativa de los peninsulares y más en general a la sociedad de clases.

Pero los ideales de la ilustración se quedan en el papel. Otros grandes pensadores y políticos, como Juan Francisco Barrundia, Pedro Molina y José Cecilio del Valle desplegaron una intensa y apasionada labor ensayística y periodística para difundir las ideas de la época. Y, sin embargo, una vez lograda la independencia, la estructura social guatemalteca continuó empujada por la inercia. Herida a muerte por la dependencia de las economías metropolitanas, la unión centroamericana fue más una ilusión que una realidad y se despedazó en el giro de 30 años. Son épocas de guerras fratricidas entre liberales y conservadores y que culminan con las derrotas de todos los esfuerzos unionistas.

Epílogo

*Hay un nuevo tiempo
en el mismo espacio de los huesos*

*Hay un nuevo aire que mece tenue
las mismas secas mazorcas*

La médula deja de tener miedo

Se comienza a caminar en la rutina

*Sin embargo la ecuación tiene
un punto esmeralda ahí escondido*

*Es un cambio de estación
luego de una largo período glacial*

*Las articulaciones aún
no se acostumbran
y las venas se extrañan*

*Hay algo de vital cuando
se rejuvenece la sonrisa*

El deshielo en el trópico

No se sabe por cuánto tiempo

Hay un rumor en la saliva

Un sabor a granizo que quita la sed

No es el limbo ni el paraíso

*"Si Dios quiere volveré
algún día a casa
se oye en el murmullo rural"*

Al menos allí también

*hay un toque visceral de ámbar
aunque se estuvo cerca
del fin del mundo*

*Desde esa oscuridad
los ojos miran ansiosos*

*Se oye la tos esporádica
de duda y se bebe aún agua sucia*

*Los fantasmas cansados
alientan a los vivos*

*"Es al sol a quien toca
regenerar la tierra"*

*A la hora del sueño
una tensa quietud
y un punto esmeralda escondido.*

Te sé perdida en una ciudad
donde tu voz rompe oscuros jardines de
estatuas iniciadas
y un puerto abre su luto de ventanas
hacia las calles ciegas
que no encuentran mi sombrío presagio
ni mi sangre frondosa, blanca y móvil.

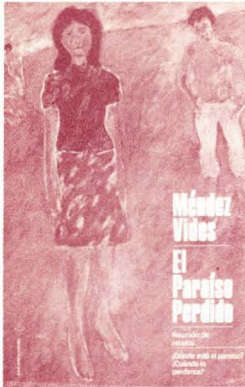
Un río pasa bajo puentes
tendidos al infinito
—turbio de casas y niños—
un río que muere en tus manos
cuando ya el corazón y la penumbra viva
ha dado su ofrenda de caminos
y estamos nosotros, fantasma amigo,
en los trozos de sombra
de los árboles dóciles,
violando dulces mujeres abandonadas por el viento.

Estás perdida en esta noche
próxima de guitarras azules
donde el silencio rompe la superficie
de los estanques, de modo agudo
y hay en los parques privados
muertos de cien años.

Pero más que nunca perdida
ahora que llevas en la voz
una cifra de amarguras
y un corazón de intramuros que te dicta
el cambio de las estaciones.

NUEVAS PUBLICACIONES

NARRATIVA



El paraíso perdido

Méndez Vides. Edit. Papiro.
Guatemala, 1990. 155 Págs.

El estilo da carácter familiar a los diecisiete relatos de este libro —el más reciente— de Méndez Vides. El estilo nos involucra a los guatemaltecos que hemos perdido el paraíso que sólo hemos tenido en sueños. Nunca la patria ha sido paradisíaca, a excepción de una década perdida en la memoria del pueblo. Como Adán colectivo nos arrojaron del paraíso. En el fondo, sin embargo, el autor vislumbra una esperanza desprendida de la raíz humana de cada relato. Los personajes husmean el advenimiento de un cambio, que no pretende tampoco ninguna vuelta al paraíso, sino un poco de tranquilidad tan sólo y que percibamos de nuevo el ambiente social del país de la “Eterna Primavera”.

POESIA

RENE LEIVA

Lectura del Desierto

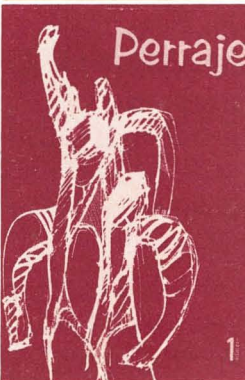


Lectura del desierto

René Leiva. Edit. Cultura, Ministerio de Cultura y Deportes.
Guatemala, 1989. 89 Págs.

En este denso libro de poesía sin adjetivos, el lector puede recoger un acápite en cualquiera de las páginas. Un acápite como estos versos: —“Pienso que morir no es la peor muerte— sino partir sin jamás haber llegado”. Las generaciones venideras podrán decir, como Barba Jacob: “Un gran dolor humano vibraba por su acento...” El autor recobra, por otra parte, su originalidad gastada en los ejercicios en prosa que publica en un periódico como “Saltos de Caracol”. En suma, se trata de una poesía incalificable, por lo que el lector estará en todo momento solo frente al libro, como frente a la muerte.

REVISTA



Perraje

Revista literaria Independiente. Número 1 / Enero-Mayo
1990. Editor Marco Vinicio Mejía (Colección Rial Academia).
Guatemala, 1990.

En América, desde “Proa” (Buenos Aires, 1925), hasta “Vuelta” (México, 1980), siempre ha sido una aventura salir al ruedo con una revista literaria. Esta de hoy, emprendida por Rokaél Cardona, Otto-Raúl González, René Leiva, David Pinto Díaz, Francisco Sandoval y Marco Vinicio Mejía, se apoya en tres soportes por lo menos: la dignidad de la publicación, su independencia y la esperanza en el espacio que deben abrirse las letras. Al espigar en sus páginas el lector se sorprende complacido ante los trabajos de Mario Roberto Morales, Amelia Mondragón y Otto Raúl González.

H114621

Nota: Enviémos sus libros para registrarlos en esta sección.

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

Rector:

Mons. Luis Manresa Formosa S.J.

Vicerrector Académico:

Lic. Luis Achaerandio, S.J.

EMBAJADA DE VENEZUELA

Antonio Aveledo Leal
Embajador

Cipriano Fuentes

Agregado Cultural y de Prensa

Alma palabra

Publicación bimestral

Consejo Consultivo:

Luis Alfredo Arango

Margarita Carrera

Eugenia del Carmen Tefel

Consejo Editorial:

Max Araujo

María Arranz

Alfonso Enrique Barrientos

Juan Fernando Cifuentes

Cipriano Fuentes

Ernesto Loukota

Francisco Morales Santos

Coordinadora:

María Arranz

Diseño:

Julio Arévalo

Portada:

Raúl Monzón

Dirección: Universidad Rafael Landívar, Departamento de Asuntos Culturales, zona 16, Vista Hermosa III, Apartado de Correos 39 C. Ciudad de Guatemala, Rep. de Guatemala

Las colaboraciones son solicitadas.

No se devuelven originales.

Q. 0.50 el ejemplar

EDITORIA

Por una parte, es la lectura en que a través de ficciones y mentiras nos descubre la verdad. Por otra parte, es la relectura la que ofrece algo que ninguna lectura podría revelarnos, esto es, dejarse poseer o tener acceso a una complicidad o devoción excesiva.

Si leer es sentirse movido por la afición, el silencio o algún otro tipo de curiosidad provocada, releer es paladear con amorosidad y placer el objeto de culto. Es reencontrar y reconocer. Es poner atención maliciosa al estallido polisémico que deviene entre líneas. Pero también es escrutar lo valioso, lo ingenioso, lo dramático. Y si es cierto que hay libros que llegan, se leen y se marchan, asimismo, hay cierta esencial vitalidad en páginas que se acendran en uno y, lo que es más, se refusan a apearse.

Basta con mencionar El Quijote, La Divina Comedia, Madame Bovary, las obras gigantescas de Dostoievski, Ulises, el de Joyce y el de Homero, desde luego, Baudelaire con toda su pompa de libertino a las cuevas y otros varios que se hermanan con los anteriores en lujo y refinamiento literario. Quién no añora esa serenidad, ese balance de sorpresa silenciosa e íntima. Ese tiro de gracia que le empuja a uno a rememorar lecturas pasadas. No es extraño, entonces, que haya lectores de un solo libro. O si se prefiere decirlo de otro modo, que Borges haya evocado algunas únicas lecturas con una especie de prurito vibrante.

Releer, pues, es siempre una aventura que se emprende. Estela deslumbradora que apresa y expresa el ámbito del pensamiento verdaderamente crítico. No otra cosa se desprende, entre la anhelante fiebre de una primera lectura y ese otro averiguar desnuda y descaradamente, la velada y secreta gesticulación de las palabras.